



Introducción

Cualquiera que sea tu opinión acerca de mí, la verdad es que soy el último superviviente de una raza extinta y un antiguo estilo de vida. He conocido gente en ambos extremos de la balanza. He visto virtud y he visto depravación. Mi vida está llena de ironías. Muy a menudo, cuando reviso mi vida y yuxtapongo sus diversos elementos, todo lo que puedo hacer es reír —la risa sardónica de alguien que ha visto mucho y ha vivido para contarlo—.

Joseph Bonanno¹

El poder para ser obedecido debe dar miedo. Poder para ser respetado y temido por tus subalternos, incluso por los que te odian sin reconocerlo. Poder para tomar decisiones controvertidas, para beneficiar a tus amigos y que tus rivales fracasen o desaparezcan. Poder ejercido en los demás, con su consentimiento o a pesar suyo, sin que nadie replique y actúen sin rechistar. La clase de poder absoluto que ostenta un político, un empresario importante, cualquier jefe: un gánster.

La Mafia es un sistema para ejercer el poder ocupando un espacio anexo o al margen del Estado, reemplazando las leyes existentes por otras que consolidan su dominio, reglas que han de obedecer los subordinados. La misma obediencia es la base de su poder, y el modo de conseguirlo, la violencia. Surgida en Sicilia, el modelo se exportó a Estados Unidos y arraigó en la Costa Este con las sucesivas olas migratorias del sur de Italia en el nuevo continente. Los italianos, hartos de malvivir por debajo del umbral de la pobreza en su país natal y llevar una existencia miserable, soñaron con empezar de cero en otro país donde pudieran prosperar y ser libres. Con su bagaje cultural, llevaron consigo las costumbres del viejo mundo pero se adaptaron al contexto adquiriendo el feroz espíritu emprendedor que propagaba Estados Unidos. La

¹ BONANNO, Joseph; LALLI, Sergio (2003) *A Man of Honor. The Autobiography of The Boss of Bosses*, Macmillan, N.Y., p. 13.

mayoría de los italianos trabajaron duro para abrirse camino de forma honrada pero no lograban superar la penuria económica. Al final, para medrar en la vida muchos se vieron abocados a delinquir. Como explica Eric Hobsbawm: «La mafia conquistó su poder no sólo porque podía intimidar y hacer promesas, sino porque a pesar de sus competidores todavía se la consideraba un movimiento nacional o popular; así como los jefes de las grandes ciudades de Estados Unidos obtuvieron originalmente su poder no solo mediante la corrupción y la fuerza, sino siendo “nuestros hombres” para miles de votantes inmigrantes».²

La Mafia ejerce el control del crimen organizado en Chicago, Filadelfia, Providence, Boston, Nueva York, Detroit, Las Vegas y Nueva Orleans, un total de veintiséis ciudades dominadas por familias criminales y asociados en otras urbes. Su prestigio les ha llevado a formar parte de la cultura popular norteamericana y protagonizar películas, series de televisión, novelas y cómics.

La población, el gran público, tenía una imagen preconcebida de los gánsteres a partir de lo poco que habían leído sobre ellos, principalmente a través de los periódicos. Como alimentaban la prensa sensacionalista, se convirtieron en personajes sensacionales. Los mitificaron, cobraron un extraño atractivo romántico: cuando el país entró en recesión y la mayoría de los norteamericanos tenían problemas para encontrar empleo, vieron con embeleso la lucha encarnizada de aquellos hombres por enriquecerse y amasar fortunas, era imposible no quedar hechizado por su ascenso meteórico. Además, lo consiguieron dándole a los norteamericanos lo que querían: un lingotazo de alcohol, chicas hermosas, emoción, juegos de azar, préstamos rápidos. Diversión, dinero, glamour. Si comenzaron siendo los villanos en los *pulp magazines* y en el cine, su carisma hizo que coparan el protagonismo del relato, de némesis del héroe llegaron a ser antihéroes, el eje vertebral de la trama. Igual que en la vida real, pasaron de la marginalidad a la cima: la ficción los encumbró por segunda vez. Su arrogancia, su habilidad para salirse siempre con la suya sin respetar la ley ni seguir las reglas como el resto de personas, hace que nos preguntemos qué les hace distintos a nosotros y cómo piensan. Eso y el morbo, el ser incapaces de apartar la mirada cuando sucede algo terrible, un hecho escandaloso, sangriento, injusto.

Norteamérica glorificó a sus gánsteres. Los adoró y los inmortalizó, en papel cuché y en papel pulpa, en el celuloide pero sobre todo en las viñetas. Para cuando quisieron darse cuenta ya era demasiado tarde: el país entero estaba siguiendo sus andanzas y al detenerse a recapacitar, la dicotomía entre sus admiradores y detractores llevó al país a una quiebra ideológica. El juicio subsiguiente sacudió la cultura popular y la industria del cómic.

Nadie se ha detenido a reflexionar transcurrido el tiempo si la manía que llevó a los políticos a perseguir los *crime comics* era o no era razonable y tenía un fun-

2 HOBBSBAWN, Eric J. (1959) «Mafia» en *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, Manchester University Press, Manchester, p. 43.

damento, si admirar a los gánsteres era o no era inmoral. Libertad de expresión o banalización de la violencia, defensa del consumidor o cosificación del individuo, verdad o tergiversación, arte y oportunismo se dan de la mano: una cosa es cierta, el crimen organizado se cobró y sigue cobrándose miles de muertos. Muertos muy reales, espantosamente reales.

Joe Massino lo dijo: «Hay tres caras en cada historia. La mía, la tuya y la verdad.» («There are three sides to every story. Mine, yours and the truth.»)

Pero conocer la verdad es difícil, y a menudo, doloroso.

Primera parte
La Cosa Nostra en América



Capítulo 1

La Mafia existe

1.1 El Cadillac de las parrillas

Edgar D. Croswell era un sargento veterano de la policía estatal de cuarenta y dos años. Divorciado de su ex mujer, prácticamente vivía en el cuartel policial consagrado al trabajo. Llevaba doce años en la División de Investigación Criminal, sus compañeros le conocían por ser un hombre meticulado que confiaba en su instinto. Prestaba servicio en Apalachin, una minúscula aldea rural inscrita en Owego, una cercana ciudad al oeste de Binghamton en el condado de Tioga, Nueva York. Alto, formal, de pelo cano y mirada limpia, se ocupaba de un caso de cheques sin fondos y estaba interrogando al gerente del Parkway Motel, a escasos kilómetros del río Susquehanna, cuando un joven entró en el vestíbulo y reservó tres habitaciones para esa noche. Era el hijo de Joseph Barbera, un pequeño empresario local dueño de Canada Dry Bottling Company.

Croswell siguió al tipo fuera del motel yendo por carretera en un vehículo sin distintivo policial a una distancia prudente hasta llegar a su casa, una lujosa mansión a pocos minutos de Apalachin. Croswell y su compañero Vincent Vasisko encontraron dos coches de alta gama aparcados en las inmediaciones, un Lincoln rosa y un Cadillac azul con matrículas de Ohio. Tratándose de algo sumamente inusual en Tioga, Croswell presintió que algo iba mal y regresó sigilosamente al anochecer para vigilar la casa. Inquieto, comentó el asunto con la División Federal de Impuestos sobre el Alcohol y el Tabaco en la vecina Binghamton y resolvió continuar indagando por su cuenta.

Al consultar con un carnicero de la zona, descubrió que Barbera había pedido 220 libras de bistec y otras carnes para servir en su mansión. También compró gran cantidad de pescado y bebidas alcohólicas. No cabía duda de que esperaba recibir visita, un buen número de invitados a los que agasajar a la mesa. El sargento estaba en alerta desde hacía tiempo. Un año antes, un tal Carmine Galante fue detenido

por exceso de velocidad en Apalachin, no tenía la licencia y fue procesado por imprudencia al volante y conducción temeraria por Crowell. Para su sorpresa, un jefe de policía vino desde Nueva Jersey para ordenar su liberación inmediata. Intrigado, Crowell recorrió los hoteles de los alrededores para averiguar si Galante tenía una reserva de alojamiento o solo estaba de paso por la región. Como sospechaba, Joseph Barbera hizo una reserva a su nombre, por lo que comenzó a interesarse por su negocio. Se trataba de una modesta embotelladora y distribuidora de cerveza de jengibre Gibbons pero sus pedidos regulares de azúcar eran tan exorbitantes que Crowell intuyó que se dedicaban a destilar alcohol de manera ilegal. Un año después, en aquel momento frente a la residencia de Joseph Barbera, vio cómo iban estacionándose, uno tras otro, coches y más coches con matrículas de Nueva York, Nueva Jersey, Ohio, California y lugares tan remotos como Cuba y Puerto Rico. Agazapado al lado de su compañero Vasisko, Crowell tenía todos los indicios para confirmar que algo importante y singular sucedía dentro de la casa. Los patrulleros solicitaron ayuda y montaron un cordón policial alrededor de la finca de cincuenta y tres acres. Dos agentes del Departamento del Tesoro fueron allí para prestar apoyo y averiguar lo que ocurría.

Al preguntarles, los invitados dijeron sencillamente que habían ido a visitar a un amigo enfermo. En total sumaban cuarenta coches de lujo y sesenta y cinco forasteros, tipos trajeados provenientes de la gran ciudad en un pequeño pueblo que rondaba los mil habitantes. Todos eran italianos.

Docenas más huyeron de la casa escapando campo a través. Al revisar el historial de Joseph Barbera se comprobó que tenía antecedentes policiales incluyendo numerosos arrestos previos y varios cargos pendientes por asesinato. Era el 14 de noviembre de 1957, la policía de Apalachin cortó las carreteras comarcales y montó un operativo jamás visto con anterioridad en aquel pueblo recóndito. El caso cobró relevancia nacional, terminaría provocando una reforma en el sistema legal, hizo que se revisaran las políticas del Departamento de Justicia y llegó a las más altas instancias del FBI.

J. Edgar Hoover afirmaba que no existía la Mafia («there was no such entity as the Mafia») y mantuvo la misma postura durante un cuarto de siglo mientras se jactaba de estar al corriente de las actividades delictivas del país entero. Al día siguiente conoció aquella noticia por la prensa³. El *New York Times* publicaba en primera página «65 hampones detenidos en una redada y escapando de un pueblo al norte del estado de Nueva York» y continuaba: «Policías estatales y agentes federales atraparon a sesenta y cinco hombres que asistían a una reunión de la jerarquía del mundo criminal de la Costa Este.» Hoover se enfureció tanto que decidió mantener su postura por más inverosímil que pareciese a esas alturas. En un

3 «65 Hoodlums Seized in a Raid and Run Out of Upstate New York Village», *N.Y. Times*, November 15, 1957.

comunicado oficial emitido rápidamente a través de Louis B. Nickols, portavoz del FBI, Hoover aún manifestaba serias dudas sobre la existencia de la Mafia («strong doubts about the Mafia's existence») o en otras palabras: la Mafia no existe (NASH, 1972; DIFAZIO, 2022).

En la lengua Lenape de los indios Delaware en el valle del río Hudson, Apalachin significa «de donde regresó el mensajero» (MUSGRAVE, 2012: 99; NEWTON, 2012a: 85). Para el sargento Edgar D. Crowell el mensaje estaba más que claro, la Mafia existía y se había infiltrado en su jurisdicción, ante las mismas narices de las fuerzas del orden público. Llevaban años operando en Owego, estaba bien relacionada y se ramificaba por el norte del Estado, probablemente actuaba de manera coordinada de un extremo al otro del país. Su hijo Robert Crowell, agente de policía que continuaba la tradición familiar en Apalachin sesenta años después: «Vio que se estaban apoderando de los negocios locales, que la Mafia estaba poniendo su gente en comercios legítimos para usarlos según sus propósitos. Mi padre sabía que no eran personas honradas, que no ganaban dinero por medios legales y que tenían relación entre sí cuando no había realmente un motivo para que estuvieran allí» (HIDALGO, 2018) (figura 1).

Crowell reveló lo que todos en Estados Unidos salvo J. Edgar Hoover sabían ya. La Mafia era muy real y estaba en cualquier parte donde miraras, hasta en los rincones más insospechados de la geografía.

Hacía tiempo que se rumoreaba que Hoover estaba siendo chantajeado por la Mafia para negar su existencia y dejarles operar a su antojo, pero se trataba de un bulo creado por los periodistas sustentado tan solo en las declaraciones de un criminal que fue condenado por perjurio. La mera idea era un sinsentido: para medrar a sus anchas, la Mafia debía comprar políticos en Washington que gestionaran los presupuestos destinados al FBI y la policía. Sin embargo alcaldes, gobernadores y varios presidentes electos instaban al FBI a perseguir el crimen organizado; si la corrupción estaba tan institucionalizada que salpicaba el despacho de J. Edgar Hoover, no tendría el menor sentido que dedicasen efectivos a la lucha contra el crimen traicionando a quienes les daban de comer en secreto. En realidad el FBI mantenía escuchas telefónicas y seguía con atención los movimientos del aparato criminal de un extremo al otro del país. El problema era que no podían usar las escuchas como elemento probatorio ante un tribunal sin una orden de arresto emitida con anterioridad, cualquier juez habría desestimado las pruebas. Las grabaciones eran inadmisibles desde que la Corte Suprema dictaminó que el gobierno necesitaba una causa probable para intervenir un teléfono. Ése era el motivo por el que Hoover y el FBI no podían confirmar que la Mafia existía y tenían conocimiento de sus actividades. Si decían lo contrario estarían admitiendo que ellos mismos también infringían la ley al pichar teléfonos sin una orden judicial. Era un secreto a voces.

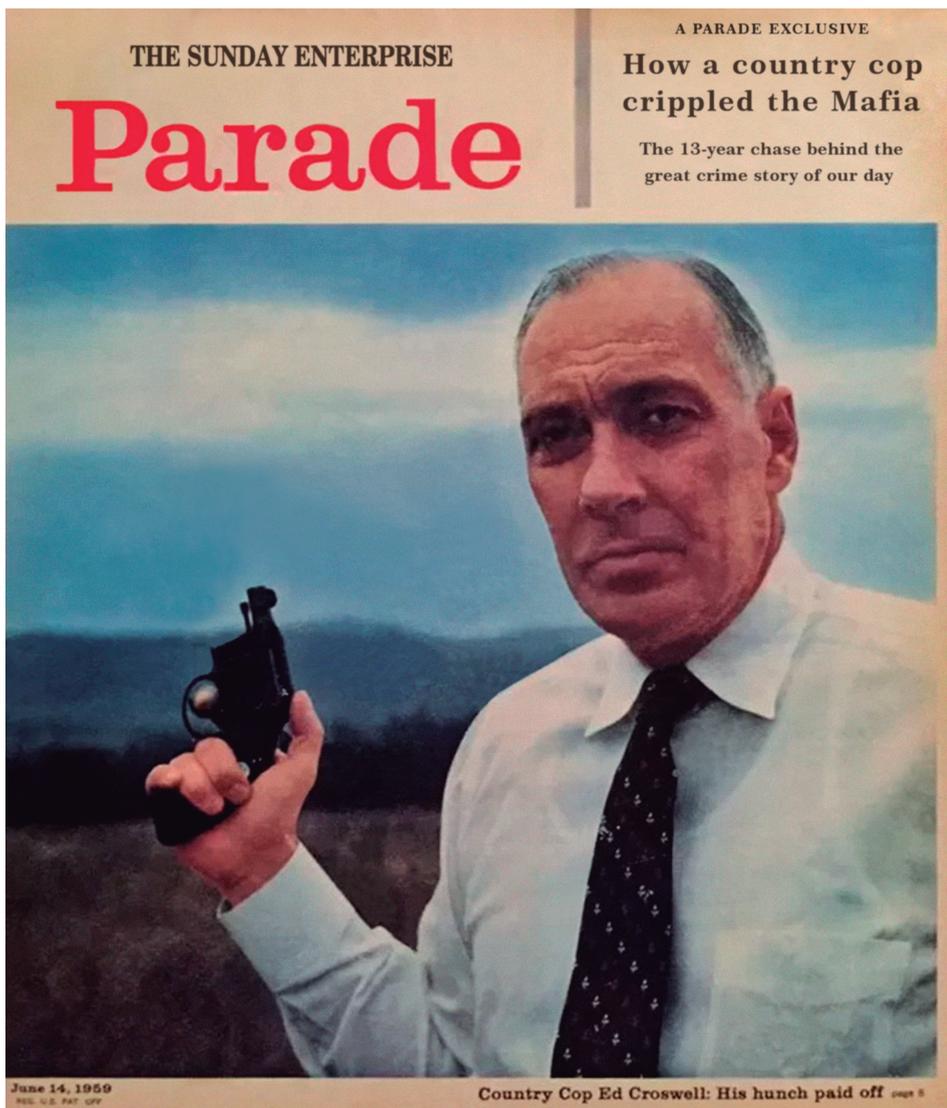


Figura 1. *The Sunday Enterprise Parade*, 14 de junio de 1959, con el pie «El policía rural Ed Crowell: Su corazonada valió la pena». Su hijo Robert Crowell reveló esta rara publicación a la periodista Louise Hidalgo en enero de 2018.

Fuente: BBC News Mundo.

Por otra parte, el crimen organizado parecía un recuerdo anacrónico de una época desfasada, un eco de los años de Prohibición. En los 50 la mayoría de las agencias federales concentraban sus esfuerzos en perseguir el comunismo a instancias del gobierno: en el área de Apalachin, el FBI había destinado cuatrocientos agentes especiales a perseguir ese movimiento subversivo mientras que solo cuatro

hombres se ocupaban de rastrear el crimen organizado. De los archivos personales de J. Edgar Hoover, quien vigiló a veinticinco millones de personas durante su mandato, la mayoría de los expedientes anteriores a 1950 señalaban a presuntos comunistas sin prestar atención a los gánsteres. En 1949, la American Municipal Association que hablaba en nombre de diez mil ciudades estadounidenses solicitó formalmente al gobierno federal que tomara medidas contra el crimen organizado. Carl H. Chatters, secretario general de la asociación, escribió: «El asunto es demasiado grande para ser manejado por funcionarios locales; el elemento del crimen organizado opera a través de las fronteras estatales a escala nacional» (MCKEAN, 1949: 546; BOISSONEAULT, 2017). El senador Estes Kefauver creó un comité para investigar el asunto. La Comisión Kefauver fue televisada en 1951 y seguida por treinta millones de espectadores pero resultó un fiasco. Se destaparon numerosas tramas, el control de las apuestas ilegales en territorio interestatal, tráfico de narcóticos, negocios legales como tapadera para blanquear dinero, asesinatos y un largo etcétera, pero no sirvieron para tomar medidas concretas. Kefauver montó un circo televisivo para su propio lucimiento que solo puso de manifiesto la impunidad de la que gozaban los llamados a declarar. Hoover no reconocía la existencia de la mafia, claro, faltaban décadas hasta que llegara la ley RICO y se usaran herramientas efectivas para penar la conspiración.

Con los sucesos de Apalachin, Hoover ya no podía escurrir el bulto por más tiempo. A pesar de sus declaraciones en la misma línea solapada, cuatro días después ordenó crear una iniciativa contra la Mafia, el Programa Top Hoodlum que autorizaba el uso de las escuchas telefónicas (HUMPHRIES, 2003: 133; CHARLES y STOCKHAM, 2022: 351). El problema era sacar un verdadero rendimiento de aquellas escuchas, convertir las escuchas en un arma legal. Contar con información sobre la Mafia no hacía que dicha información fuera un instrumento útil en la práctica. Los propios hampones se cuidaban mucho de revelar información por teléfono, sabían que les escuchaban y lo asumían con una mezcla de resignación y descaro. No les preocupaba porque, a no ser que confesaran abiertamente un delito por teléfono, aquellas grabaciones no tenían validez en un tribunal. Nadie podía condenarles por tener amigos y conversar con ellos tranquilamente.

Ni siquiera la operación efectuada en Apalachin sirvió de mucho. Las fiscalías tardaron años en presentar cargos, sólo veinte hombres fueron acusados por obstrucción de la justicia y declarados culpables, pero incluso ellos quedaron libres cuando sus condenas fueron anuladas poco después. En 1960, el Tribunal de Apelaciones del Segundo Circuito admitió los recursos alegando que no había evidencia suficiente de conspiración criminal.

Este era el panorama en 1957. La redada en Apalachin no tuvo grandes repercusiones y al mismo tiempo lo significaba todo: cambió la percepción del país sobre la Mafia. Confirmó lo que se sabía pero nadie terminaba de creer, visibilizó lo que hasta entonces eran rumores, poco más que un mito de los bajos fondos, apuntando la

verdadera gravedad del problema (BERNSTEIN, 2007; BENSON, 2008: 49; HENDLEY, 2010). Joseph Barbera dio alojamiento a 96 capos del hampa en su casa, una cumbre del crimen organizado donde se dieron cita sus principales líderes como la junta directiva de una gran empresa, congregados allí para elegir al nuevo *capo de tutti capi*, el próximo jefe. El organigrama de la Mafia rivalizaba en solidez y solvencia con el de una macroempresa como Coca-Cola o Texaco. No eran unos vulgares rateros ni rufianes de poca monta sino auténticos hombres de negocios.

Los reporteros del diario local *Binghamton Press and Sun-Bulletin* competían con periodistas de los principales medios nacionales para cubrir la noticia. Antes, Joseph Barbera era un vecino más de Apalachin, un destacado ciudadano de aquel humilde municipio. Hasta se esforzaba para no tener problemas con las fuerzas del orden y no infringir ninguna ley. Para el resto de habitantes de la localidad era un empresario ejemplar que conducía coches caros y se permitía donar dinero a organizaciones benéficas (NARVAEZ, 1990; KAPLAN, 2019). Lo que ignoraban es que comenzó su carrera como asesino a sueldo de la familia Bufalino en el noroeste de Pensilvania. Apodado Joe el Barbero, mantenía el vínculo con los Bufalino y por eso escogieron su residencia como lugar de reunión, creyendo que se trataba de un sitio discreto lejos de la mirada de los entrometidos.

En el 625 de McFall Road se dieron cita los cabecillas de las cinco familias de Nueva York y otros muchos capos mafiosos de Nueva Orleans, Los Angeles, Canadá y hasta delegados de Sicilia (figura 2). En el orden del día, debían discutir el asesinato reciente de Albert Anastasia y sopesar las repercusiones. Esa primavera, Frank Costello recibió un disparo a la entrada de su edificio de apartamentos y decidió retirarse para pasar en calma sus últimos años. Anastasia, que dominaba el paseo marítimo de Brooklyn, halló su final mientras se cortaba el pelo en la barbería del Hotel Park Sheraton en la Séptima Avenida. Con Lucky Luciano exiliado en Italia, el *capo de tutti capi* o el “Gran Hombre” en Nueva York era Vito Genovese, Don Vitone, quien tramó los dos atentados con ayuda de Carlo Gambino (BALSAMO y CARPOZI, 2008: 303-20). Genovese tenía en sus manos Greenwich Village y dirigía varios clubs nocturnos como el célebre Birdland, donde Charlie Parker o Billie Holiday compraban su heroína. A pesar de su liderazgo simbólico, los demás jefes del país competían por ascender y aumentar su área de influencia, se percibía un claro vacío de poder en ausencia de Luciano, así que Genovese quiso poner orden convocando a los miembros de la cúpula en territorio neutral (REAVILL, 2013a: 78). Sam Giancana propuso Chicago, donde nadie les molestaría pues tenía el cuerpo de policía en nómina. Stefano Magaddino –apodado El Enterrador pues era el dueño de una funeraria que funcionaba como tapadera– controlaba Buffalo, principal punto de entrada para el contrabando de droga, y quiso que se reunieran allí en reconocimiento a su labor. Barbera apoyó la moción y sugirió que Apalachin estaba lo bastante cerca de Buffalo para complacer sus deseos. En realidad, anhelaba ejercer de anfitrión para exhibir el horno para barbacoas que había construido en el patio trasero, el «Cadillac de las



Figura 2. Frente a la casa de Joseph Barbera en Apalachin, Nueva York, había docenas de coches caros aparcados. Cadillacs, Packards y Lincolns con matrículas de Nueva Orleans, Ohio, Los Ángeles o Chicago.

Fuente: Cosa Nostra News, National Crime Syndicate.

parrillas» que dominaba su jardín. Tras visitar la carnicería Armor & Company en Binghamton, no tenía suficiente comida para el centenar de colegas que iban de camino a su finca. Acudió a los mataderos de Chicago para conseguir cortes de primera calidad y se abasteció de pescado, jamón cocido y chuletas de ternera gastándose cuatrocientos treinta y dos dólares. Los gánsteres despreciaban el pollo porque no les parecía lo bastante masculino.

Vito Genovese esperaba convencer a los demás para que respaldaran su liderazgo tras justificar los ataques contra Costello y Anastasia, o si era más procedente, elegir otro jefe, aunque Don Vito contaba con la simpatía de los suyos: Joseph Bonanno, Russell Bufalino y Paul Castellano. Frank DeSimone de Los Angeles, Carlos Marcello y Meyer Lansky miraban con recelo los planes de Genovese. No se permitió llevar al encuentro esposas o novias pero los capos iban escoltados por sus hombres de confianza, encargados de garantizar su seguridad. Para la mayoría de ellos, se trataba de un viaje de trabajo y una excursión campestre donde iban a relajarse apartándose del bullicio de la ciudad. Justo tras decidir la suerte de un subordinado que sustraía dinero de las operaciones, al que mandaron llevar a «dar un paseo», irrumpió la policía local acompañada por agentes del Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego. Al acabar la escaramuza, Giancana reprochó a Magaddino que no hubieran escogido Chicago para celebrar el encuentro.

El *New York Post* publicaría una espectacular edición con el titular «LA MAFIA SE REÚNE» en grandes rótulos junto a una foto de Vito Genovese de cuerpo entero elegantemente vestido con su traje de franela sobre fondo blanco en una espectacular primera plana⁴. Genovese fue sentenciado a prisión dos años después por tráfico de estupefacientes y Galante –quien fuera detenido por conducir demasiado aprisa en Apalachin– fue finalmente arrestado tras una persecución de ocho horas que culminó en Garden State Parkway. Con Genovese entre rejas, Gambino consolidó su posición y fue nombrado jefe bajo el título de Don Carlo. En cambio, Joseph Barbera cayó en desgracia después del desastre que supuso aquella cumbre truncada. Avergonzado, excluido de la organización, vendió su planta de embotellado y la mansión, su salud empeoró gravemente y acabó muriendo de un infarto en junio de 1959 a los 53 años de edad.

Así es como Norteamérica tomó consciencia de la existencia de la Mafia.

1.2. Un gobierno dentro del gobierno

No era un problema nuevo. Llevaba enquistado prácticamente desde los orígenes del país. El gansterismo comenzó a despuntar en el último tercio del siglo XIX en paralelo al auge de las ciudades y la sociedad cosmopolita. Conforme se consolidaba la burguesía urbana, se afianzó una subclase parasitaria que medraba gracias a sus vicios, aprovechándose de sus debilidades: mujeres, alcohol, juego. Aparecen bandas juveniles como los pendencieros Five Pointers de Nueva York y la Valley Gang de Chicago, compitiendo por el control de las calles con grupos rivales a los que se enfrentaban violentamente desbordando a las fuerzas del orden y su capacidad para reprimir las revueltas. Las bandas apuntalaron su posición aliándose con los políticos cada vez que se convocaban elecciones para una junta de distrito y los candidatos a concejal compraban votos a cambio de protección policial y manga ancha con las infracciones y delitos menores (THRASHER, 1992: 433; ANBINDER, 2001; GILFOYLE, 2006).

Si los irlandeses eran duros, no sabían lo que se les avecinaba. Una de las facciones en disputarse el control de los barrios marginales iba fortaleciéndose de manera imparable y silenciosa. En Sicilia, la palabra «mafia» servía para definir un cierto comportamiento convertido en modo de vida que incluía el desprecio por las leyes y el desafío a la autoridad, la lealtad incondicional a la familia, la solución de las disputas vecinales a través de la *vendetta* o sometiéndose al arbitrio del hombre más respetado del pueblo. Durante siglos, el desgobierno en Italia por la dejadez de los reinos españoles alimentó la desafección de las clases populares por sus dirigentes y el rencor larvado generó una especie de gobierno paralelo a ras de suelo y a espaldas de las instituciones. La insolencia y el pillaje prosperaron en el entorno rural donde los representantes de la ley apenas tenían presencia (SCHNEIDER y SCHNEIDER, 1976; ETTER, 1998: 20; SABETTI, 2002: 95-6). La

4 «THE MOB MEETS-- And the Cops Fear A Brand New Murder», *N.Y. Post*, November 15, 1957.

mafia pasó a definir un ambiente viciado en el que los desaprensivos aterrorizaban a los campesinos por orden de los terratenientes, extorsionaban a los comerciantes locales y practicaban el contrabando. Llegará el momento en que Sicilia esté dominada por esta clase de delincuentes, la población completamente sometida a su antojo.

Con la inmigración al Nuevo Continente, la Mafia italiana llega a Estados Unidos. En América, los mafiosos extorsionaban a sus compatriotas más vulnerables (CRITCHLEY, 2009a: 14-9). Ofrecían «protección» a cambio de dinero, un porcentaje de sus ganancias legítimas, de modo que no había un solo negocio regentado por paisanos italianos que quedase al margen de esta tupida red de chantaje; si se negaban a colaborar sufrirían rápidamente las consecuencias. La sociedad oía hablar de una «Mano Negra» en los barrios pobres, pero no lo consideraban un asunto de su incumbencia ni un problema del que ocuparse. Y así, fueron ganando más y más peso sin que nadie se inmiscuyera.

Mientras las bandas callejeras decimonónicas causaban tumultos continuamente y fomentaban el desorden público indignando al resto de la sociedad, la mafia operaba sutilmente sin llamar la atención. Las autoridades conocían su existencia, pero eran tolerantes y hacían la vista gorda: se consideraba un rasgo idiosincrásico de la comunidad italoamericana, un estilo de vida tradicional importado de la vieja Europa que a nadie fuera de los barrios deprimidos tenía por qué importarle. Eran sus asuntos y en Estados Unidos nada se respeta más que la vida privada (GARDAPHÉ, 2016: 136).

La Mafia alcanzó la mayoría de edad con la Ley Seca. La Prohibición de vender alcohol en 1920 supuso la graduación o la puesta de largo del crimen organizado, la ocasión perfecta para despegar como nadie pudo prever. El Congreso carecía de la voluntad política para que se cumpliera la Ley Volstead con todo el rigor que exigía el ala más puritana del país. Mientras los conservadores de rasgaban las vestiduras por el consumo desbocado de alcohol, la mayor parte de la sociedad miraba el ocio nocturno con benevolencia y comprendía que la gente quisiera pasar un rato animado en cualquier tugurio. Los gánsteres aprovecharon aquella coyuntura con inteligencia y desarrollaron habilidades de gestión, planificación y cooperación mutua a la manera de un gran holding empresarial, seguramente influidos por el espíritu emprendedor tan arraigado en América. En cierto momento, dieron el salto acercándose al más alto nivel de poder aliándose con los políticos y saliendo del nicho donde nacieron, es decir, los barrios bajos ya no podían contener su expansión y pasaron a dominar ciudades enteras con alcaldes, congresistas, comisarios de policía, jueces y periódicos a su disposición. Muchos hampones se convirtieron en millonarios y consiguieron lo más difícil, la simpatía de las personas honradas que les admiraban en secreto por lograr un ascenso social tan meteórico (HILL, 2004).

Joseph Barbera, o Joe el Barbero como le conocían en su profesión, era un pez pequeño con poca relevancia dentro de la organización. Se desvivía por agradecer a sus jefes para que así, quizás, le permitieran ir subiendo en el escalafón con paciencia. Era un tipo simpático y bien relacionado, el jefe de policía de Endicott en el conda-

do de Broome le recomendó personalmente para que le concedieran un permiso de armas. Mantenía un perfil bajo desde 1933, sin meterse en problemas ni despertar sospechas, ocupado en distribuir los refrescos Canada Dry en aquella zona. Barbera fue asignado a su territorio después de que Salvatore Maranzano llegase a la cima en 1931 coronándose *capo di tutti capi* tras una brutal guerra que enfrentó a las bandas irlandesas, judías e italianas por copar la venta de alcohol durante la Ley Seca.

Maranzano lideraba la facción castellammarese –por la ciudad donde nació en Sicilia, *golfo di Casteddammari* o Castellammare del Golfo– a la que pertenecían Joseph Bonanno y Joseph Profaci de Brooklyn y Stefano Magaddino de Buffalo. Hablaba seis idiomas con fluidez y era un ávido lector con predilección por los clásicos y una gran fijación por Julio César. Maranzano era un hombre con una visión: convertir la Mafia en un ejército disciplinado y estructurado al modo de las legiones del Imperio Romano. Evocando la grandeza de los viejos terratenientes sicilianos, quería igualar su prestigio al de un emperador. Su idea era que su área de influencia se dividiera en territorios y que cada uno de ellos se adjudicase a un subjefe responsable de mantener la paz en su zona y rendir homenaje al emperador. Las bandas descontroladas pasaron a ser tropas obedientes formadas por soldados a las órdenes de un capo que tomaba las decisiones y dictaba las reglas. Nueva York se repartió entre las cinco familias más importantes, un sistema que funcionó a la perfección y permanecerá en el tiempo: la Cosa Nostra (BLOCK, 1980; SIFAKIS, 2005a: 300; CRITCHLEY, 2009b: 178).



Figura 3. Paul Ricca, Salvatore Agoglia, Lucky Luciano, Meyer Lansky, John Senna y Harry Brown en una rara fotografía de 1932.

Fuente: Oficial Meyer Lansky.

Maranzano imponía sus decisiones gracias a la presencia carismática de Salvatore Lucania, el segundo al mando y su hombre de confianza, más conocido por su sobrenombre Lucky Luciano. Maranzano y Luciano disentían en un aspecto crucial de su estrategia: mientras el capo soñaba con un bajomundo dominado enteramente por la Mafia, donde los italianos tuvieran la supremacía del crimen organizado como en un monopolio, Luciano sabía que no era posible excluir completamente a las bandas no italianas. Propuso que se creara una comisión donde los subchefes expresaran sus peticiones al capo italiano; en un negocio donde no había contratos formales firmados ante notario y se fiaban necesariamente de la palabra dada y los compromisos verbales, las tensiones eran altamente frecuentes y a menudo desembocaban en disputas violentas. Para garantizar una relativa estabilidad en las calles, había que reemplazar los derramamientos de sangre por el arbitraje y la mutua confianza. Maranzano en cambio sólo contemplaba una hegemonía italiana; irlandeses y judíos eran rivales despreciables, una molestia que se interponía en su camino y con la que no podían contemporizar. Muy pronto esta diferencia de criterios entre Maranzano y su número dos les condujo a posiciones irreconciliables. Por orden del capo, Vincent Coll –apodado Mad Dog– pretendía tender una emboscada a Luciano en Park Avenue, pero este se adelantó a la maniobra, envió a varios asesinos disfrazados de policías al despacho de Maranzano y acabó con su vida (HENDLEY, 2013a: xix y 2013b: 9-12). Era septiembre de 1931 y Estados Unidos atravesaba la peor recesión económica de su historia. Con la Gran Depresión en marcha, la visión práctica de Luciano se impuso a la rigidez de Maranzano y contagió su pragmatismo a sus compatriotas: para mantener el equilibrio de fuerzas debían transigir. Las nociones organizativas de Salvatore Maranzano se fusionaron entonces con el aperturismo de Lucky Luciano resultando una época de bonanza para la Mafia. Representantes de la vieja guardia, hombres temibles como Jack Diamond, Dutch Schultz y Vincent Coll cayeron en el cambio de ciclo conforme Luciano se asociaba con sus amigos Meyer Lansky y Frank Costello convirtiendo la Mafia en una máquina de hacer dinero (NELLI, 1981a) (figura 3). La paz reinó durante un periodo asombrosamente largo dilatándose cerca de tres décadas. En esos treinta años la Mafia italiana alcanzó una posición incontestable, una fortaleza sin parangón.

Cuando Estes Kefauver, todavía un senador primerizo que deseaba destacar en la arena política, emprendió su cruzada contra los gánsteres en 1950, su principal motivo era conseguir publicidad y seducir al electorado generando un gran revelo mediático. Representante por el estado de Tennessee, quería consolidarse como garante de la moralidad, un americano sureño que defendía la nación de los agresores externos e internos: los inmigrantes italianos que operaban en la sombra, una gangrena social que amenazaba con corromper los valores estadounidenses. La Comisión Kefauver trasladó a la opinión pública esa preocupación pero solo consiguió generar un debate sensacionalista que no fue más lejos y no logró mayores repercusiones (LUCONI, 1999; FRONTANI, 2016). Entre 1950 y 1951 el comité recorrió catorce grandes ciudades incluyendo San Francisco, Kansas City, Nueva Orleans y Detroit recopilando

do una cantidad ingente de testimonios, datos y valoraciones de expertos. Kefauver destapó la existencia de casas de apuestas, casinos ilegales, juego amañado, estafas, usura y cobro de préstamos por medios violentos, tráfico de drogas y prostitución, hasta llegar al aspecto más controvertido de la investigación: la corrupción política. Al final, demostrar la existencia del crimen organizado era demostrar que las propias instituciones estaban corrompidas. La Mafia no podría gozar de tal impunidad si no contara con la connivencia de políticos, jueces y policías, el sistema legal en general (McINTOSH, 1973; DOYLE, 2008). Era inevitable que la comisión llegase a un callejón sin salida. Cuando las audiencias probaron que existía un sindicato del crimen controlando las actividades delictivas del país, el Fiscal General James Howard McGrath respondió que no veía indicios que corroboraran una conspiración y J. Edgar Hoover afirmó que se trataba de una fantasía inverosímil, un cuento de hadas para niños (MOORE, 1974: 207). Kefauver dijo que había «un gobierno dentro de un gobierno del país, y ese segundo gobierno es el gobierno del hampa» («a government within a government in this country, and that second government is the government by the underworld») (KEFAUVER *et al.*, 1951a y 1951b: 4; SMITH, 1975).

El crimen organizado hizo fortuna durante la Ley Seca pero no fue nada comparado con su época de máximo esplendor en los 50. La Mafia multiplicó el dinero que habían amasado en los años 20 invirtiendo en el juego. Si las apuestas eran su mayor fuente de ingresos, por qué no crear un parque temático a tal efecto: en 1941 comenzaron a edificar grandes complejos hoteleros en Las Vegas que incorporaban casinos como reclamo. Los turistas podrían planificar sus vacaciones y dar rienda suelta a sus más bajos instintos durante un fin de semana mientras tiraban sus ahorros jugando al Black Jack o a la ruleta. La ciudad parecía predestinada para ello. Comenzó como un pequeño abrevadero para caballos hallado accidentalmente por una caravana de colonos que se desvió del camino a Los Angeles en 1829. La línea de ferrocarril Union Pacific hizo crecer aquel poblacho en medio del desierto de Mojave. El campamento para trabajadores de la vía férrea, con burdeles y mesas de juego donde los empleados tiraban la paga, experimentó su despegue cuando la empresa subastó mil doscientas parcelas en un solo día por trescientos dólares el kilómetro cuadrado. El estado de Nevada ilegalizó el alcohol y el juego en 1910, así que los clubes ilegales aparecieron a la semana siguiente. Veinte años más tarde Nevada autorizó el juego para combatir la recesión económica y legalizó la venta de bebidas alcohólicas acto seguido (BYBEE, 1999; ZOOK *et al.*, 2009a). Ambas medidas sirvieron para recaudar impuestos, aumentar el erario público y construir la gran presa Boulder en el río Colorado, un ambicioso proyecto de ingeniería civil que trajo abundante mano de obra. En ese preciso instante los mafiosos se fijaron en Las Vegas. En colaboración estrecha con los banqueros de la región, con buen olfato para los negocios, pensaron que los juegos de azar serían mucho más lucrativos unidos a una burbuja inmobiliaria: el precio del suelo se disparó, los especuladores hicieron su agosto y los casinos empezaron a funcionar como un imán para ludópatas y alcohólicos.